



LA CUEVA DE ANDREUET.

En el número cuarenta y cuatro del Semanario, correspondiente al 4 de Noviembre de 1849, indicamos que en la grande extensión que ocupa el monte Mongó (1) y las cordilleras próximas que dan vista al Mediterráneo, existían multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiraban los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetraba en aquellas recomcentrase al instante su espíritu y que se agolpase á su imaginación mil y mil ideas y consideraciones inexplicables; y al hablar así, nos referíamos entre otras, á la titulada de Andreuet, que es acaso la mas bonita, de mejor descenso, y de la cual vamos á dar algunas noticias á nuestros lectores.

Se descubrió hace unos veinte años al sacar un huron que se había introducido por un pequeño agujero persiguiendo á un conejo.

El año del primero, sin prestar el menor mérito, ni la mas pequeña atención al espectáculo grandioso y sublime que la obra de muchos siglos debió ofrecerle á la vista, guardó sigilo, se apresuró á comprar el terreno inmediato, y destinó la nueva cueva, por su proximidad á la costa y excelentes ventajas, para depósito de contrabando; siendo por lo tanto ignorada de todos, por bastantes meses, menos de dos ó tres contrabandistas, incluso su dueño llamado Andreuet, de quien tomó el nombre y con el cual se la conoce y designa en el país.

Procesado y preso el Andreuet, por atribuírle un asesinato horrible que tenía relación íntima con los sarabines de tabaco que se eslababan entonces en la cueva, hemos oído que sus compañeros de fraude, para evitar mayores y sucesivos compromisos, pegaron fuego una noche á dicho tabaco á la entrada de aquella, y que atraídos los pastores y otros sujetos por el grande humo y las llamas que se distinguían á lo lejos, se hizo pública la existencia de la repetida cueva, desde cuyo entonces no ha cesado, ni aun día de multiplicarse y destruirse por las infames personas que la visitan, quemas por puro capricho y por una curiosidad mal enten-

dida, ó acaso algunas, sin mas objeto que la triste y poco envidiable complacencia de destruirlo todo, no han dejado de llevarse las cristalizaciones de variados colores y formas que, á fuerza de repetidos golpes, han podido desprender de la bóveda y paredes.

Sin embargo de tan sensibles y continuos destrozos, aun quedan que admirar en la cueva de Andreuet innumerables estalactitas que solas ó agrupadas imitan la filigrana y el estilo ojival en toda su perfección y gusto.

La cueva que describimos, cuyo final ó remate representa con exactitud suma el grabado que va á la cabeza de este artículo, está situada en término de la ciudad de Denia, tiene unos docecientos pasos de largo, diez ó doce de ancho, otros tantos de elevación y su piso y entrada no son incómodos.

Remate SALOMON.

ANTIGUEDADES.

Creemos curiosa la siguiente relación que tomamos de un manuscrito antiguo:

En el término de la villa de Alcalá de las Gazules, á legua y media de distancia de ella, como á dos mil pasos al Oriente del puerto llamado Vizcaina, un labrador advirtió hace algunos años en la hacienda que á la sazón labraba, unos signos en una piedra, que cercada de un palmarcillo, yacía casi enterrada.

No comprendiendo éste el significado de los signos, comunicó la especie á un yerno suyo, menos ignorante que él; pero sucediendo lo mismo con éste, acompañado de la gente del cortijo mas inmediato, propio de D. Francisco Landino, de dicha villa, desenterraron la losa ó piedra para conducir á él, y la destinaron á usos domésticos.

Habiéndose en el mismo cortijo el P. Fr. José de Ayala, advirtió 29 un suceso en 1830.

(1) Monte Mongó del reino de Valencia, donde se hizo de él, según se asegura, desde el año 18 al 18 de Julio del año 1848.

en la piedra la inscripción que contenía, y leída dió parte al señor vicario de la villa.

Halládomo yo á la sazón en comision de órden superior en la misma, recibí el 27 del propio mes un oficio del señor corregidor para que pasara á reconocer la piedra ó inscripción. Evacuada la comision, di mi informe declarando ser la piedra un pedestal que indicaba antigüedad y digno de todo aprecio.

Mientras acordaban en la villa lo que se debía hacer, movido de curiosidad, pasé al sitio de donde se estrajo el pedestal, y empezando con varios peones, á mi propias expensas, la escavacion por la linea de puntos A que manifiesta el adjunto plan, que atendidas las circunstancias locales, me pareció el mas oportuno para la investigación, di con la pared en el mismo A, que distaria de la superficie como media vara. Con ánimo de abrazar toda la obra seguí el rumbo señalado por las letras A hasta G desde la cual volviendo al punto del principio encontré la alveola ó sepulcro núm. 4, la que dejando para reconocer continué hasta la letra Y. Aquí fué donde dispuse escavar desde la superficie de la pared, y como á media vara hallé una solería que cubría todo JJJ. Desbaratada la solería seguí la escavacion y como á otra media vara se encontraron las losas señaladas por los números 1, 2, 5.

Para poder dar parte á la villa con algun fundamento, determiné levantar la losa núm. 1, que estaba entera; pero apenas estendimos la vista para mirar lo que contenia dentro, cuando movido de un impulso que no sabré como explicar, prorumpí en las voces de los santos de Cádiz y sobreecogidos todos los circunstantes de un terror santo, no fuimos dueños de otra cosa que para volverla á cerrar.

Reanimados de la especie de epagenacion ó susto que nos infundió la primera vista, y movido de las súplicas de todos, para satisfacer nuevamente se levantó segunda vez la losa, y en cuyo acto se distinguieron mejor que en el primero, dos esqueletos de cuerpos humanos. No fué posible continuar el trabajo aquel dia.

En estas circunstancias, suspendiendo todo trabajo, envié á D. José Antonio Luchausti (que casualmente se halló presente) á la villa para dar parte verbalmente al vicario y corregidor de lo ocurrido, á fin de que dispusiesen lo conveniente para proceder con la circunspeccion y formalidad que requeria el asunto, al reconocimiento de los sepulcros, y al mismo tiempo al citado padre Ayala á Cádiz para que como testigo ocular informase igualmente al gobernador y cabildo eclesiástico, en consideracion á ser cabeza del obispado, juzgar que las reliquias vistas eran de sus patronos y que podrian enviar sugetos mas idóneos que Alcalá para el exámen y reconocimiento.

Aquel mismo dia vinieron de Alcalá los cabildos eclesiástico y secular al sitio de la escavacion, acompañados de multitud de personas del pueblo y de los inmediatos, y en presencia de todos se

levantó por tercera vez la losa núm. 1, cuyo acto causó el mismo gozo que el referido antes á todos los presentes: pero antes de proceder á reconocimiento alguno espuse que seria conveniente suspender todo acto hasta la concurrencia de anatómicos y otros sugetos que pudiesen dar luz y autoridad en semejantes casos. Así se hizo, y dejando para custodiar el sitio varios sugetos, tanto eclesiásticos como seculares, se retiraron ámbos cabildos.

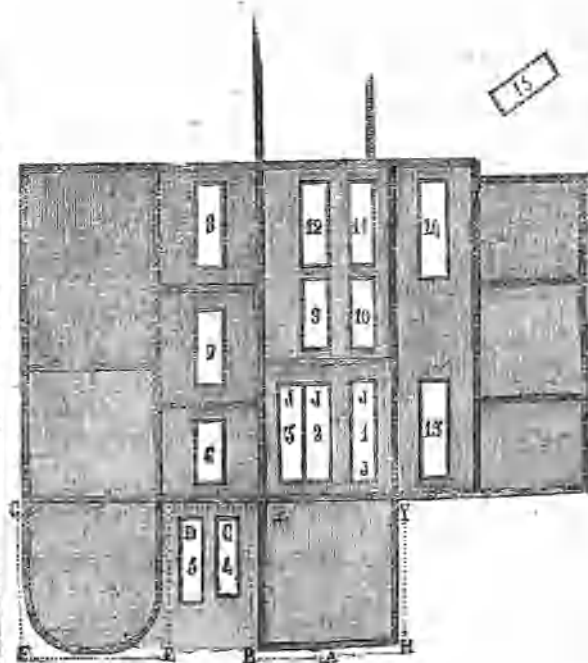
Los dias 3, 4, 5 de noviembre se emplearon en nuevas escavaciones, en formar en el mismo sitio una chozita donde guercerse.

El 6 concurrieron el estado eclesiástico, corregidor, alcalde, capitulares, dos escribanos y un anatómico, con mucho acompañamiento del pueblo y de los circunvecinos, conduciendo cajas decentes para colocar y trasladar las reliquias de las tres alveolas ó sepulcros de número JJJ. Mandó el corregidor su apertura y sabiendo yo por el P. Ayala que á la sazón habia vuelto de Cádiz, que su cabildo eclesiástico habia dispuesto dar la comision de este reconocimiento al vicario de la ciudad de Medina, hice presente estas noticias al corregidor, pero no produciendo efecto mis operaciones, se levantó la losa núm. 1, y un sacerdote estrajo la osamenta de los dos esqueletos, entregándolos al anatómico para su reconocimiento, y manifestándolos á los escribanos para la certificación. Se notó en uno de las calaveras que tenia 2 heridas, la una en el cráneo que formaba un ángulo obtuso y la otra sobre uno de las cejas de una linea, sin que se advirtiese otra señal ó herida en los dos esqueletos: cada una de las calaveras tenia á su lado una redoma de barro que no se pudo distinguir si contendrian alguna cosa, y entre la osamenta varios pedazos de hierro llenos de mohó que no comprendi que instrumentos podrian ser.

En el cuerpo de la obra se encontró un instrumento de hierro que como un cuchillo ó machete ovalado de dos mangos con otros distintos pedazos de instrumentos cortantes, que no puedo declarar de que uso serian.

En seguida se abrieron las alveolas núms. 2 y 3, y guardando en la extraccion de los huesos el mismo órden y circunspeccion que en la primera se sacaron del núm. 2 dos esqueletitos, cuyas calaveras se hallaban al frente una de otra, en las dos cabezas del sepulcro manifestando por lo diminuto del tamaño ser de personas de tierna edad. De la 3.^a se estrajo un esqueleto de mucha magnitud. Se encontraron igualmente redomas de barro en las dos, y en la última una de vidrio, en cuyo fondo se advirtió una masilla carninada que indicaba ser sangre. No se notó en estos esqueletos señal alguna de herida ó martirio, pero podria ser que el hallarse estas arcas menos resguardadas que la 1.^a, pues sus tapas estaban en varias piezas, de cuyas juntas aflojadas por el transcurso del tiempo habia penetrado mucha tierra, fuese la causa de ello.

El 7 á presencia de los cabildos se levantaron las losas de algu-



una sepultura, pero sin estrarados, alguna, se continuó la excavacion. Hasta el día 10, que con existencia del cura D. Pedro Lopez, alcalde y escribanos se estrajeron los esqueletos ó huesos de los sepulcros núm. 4 hasta el 11 colocándolos en cajas con separacion. Este mismo día se abrió el núm. 12, pero solo se estrajo de él una cruz ó pectoral, dejando la estraccion del esqueleto para otro día.

El 15 se estrajo este esqueleto que por contener dicho pectoral indicaba ser obispo, y tambien la osamenta del núm. 13 que contenia 5 calaveras con esqueletos no completos.

Con este acto se retiró la villa de toda operacion y seguí yo continuando las excavaciones y formando zanjas para resguardo de un sitio tan respetable, hasta el día 17 que descubri (como á 800 pasos de distancia de los sepulcros) y saqué un suntuoso pedestal que indicaba ser triunfo de algun pueblo.

Continué el trabajo hasta el 23 que descubri los sepulcros 14 y 15 de los que estraje por mi mismo los huesos que contenian y conserro en mi poder, como tambien varios otros del sepulcro núm. 4, que con nuevo exámen encontro confundidos con tierra.

Llegado aqui se me acabaron los medios para mantenerme y pagar á la gente que empleaba en la obra, aunque solicité de la villa me entregase siquiera los honorarios de mi primera comision; no lo pude conseguir de pronto y me vi precisado á restituirme á mi destino de Cádiz, con harto dolor por ver en el abandono en que quedaba aquel sitio fuera de las zanjas que hice, que solo podian servir de resguardo á animales, y que perdía la ocasion de hacer un servicio, á mi parecer importante á la nacion, continuando las excavaciones, de las que precisamente habia de resultar mucha luz y materiales á los anticuarios é historiadores, pues ademas del orden maravilloso que manifiesta la obra de esta relacion, he descubierto señales ó rastros de alguna poblacion que muy bien pudiera ser la de la antigua Sitonia.

Esto es lo que segun mi inteligencia y facultad puedo declarar, remitiendo á los que deseen relacion circunstanciada del número y particularidades de las reliquias estraidas á las autoridades de Alcala, que procedieron en el caso conforme dejo referido.

Cádiz 29 de diciembre de 1800.

P. A. DE ALVISO.

EL VENDEDOR DE TAGARNINAS.

¿A qué hora será cantada.
S. Mateo.

Lo que vamos á referir no es ficcion, es realidad; es una sencilla historia que literariamente no merezca quizá ni ser escrita ni leida; no obstante, algo nos dice en el fondo de nuestro corazon que por algunos, aunque pocos, será leida esta relacion con simpatia: á estos pocos nos dirigimos para referirles la corta historia de un pobre niño, vendedor de tagarninas. Dice Balzer, ese excelente moderno inglés: *No hay duda que existen poetas que nunca han soñado con el Parnaso*, lo que quiere decir que se puede mover al corazon y captivar la imaginacion sin valerse para lograrlo del arte, ni del saber, ni seguir la senda trazada: basta sentir y expresarlo. — Este pensamiento aplicado al poeta, se puede aplicar igualmente en su pequeño círculo al sencillo narrador.

Era Ortega guarda de un olivar en un pueblo pequeño, y cumplía bien con su deber; era bien querido, pero sobre todo de su mujer, que criaba una niña, y de su hijo Miguelito, que tenia cinco años. — Erafe á Ortega la vida suave y el trabajo ligero, como lo es al caballo que lleva una carga de oloroso heno para su propio sustento. Pero el guarda se habia granjeado la animadversion de unos cabreros que tenían sus caberizas en un coto llanero del olivar que estaba al cuidado de Ortega. Por repetidas veces habian dejado penetrar sus cabras en el olivar, con grave perjuicio de la sembradura y del arbolado, hasta que acabó Ortega por denunciarlos, — y esto bastó, ¡Dios mío! para que un día, al pasar Ortega cerca de un vallado, se disparase entre las zarzas un tiro cuya bala atravesó su pecho. — ¡Oh! en qué hora seació el fatal pedazo de plomo que hizo á un tiempo un cadáver, un asesino, una viuda y dos huérfanos! — Avisóse el lugar de que yacia un hombre muerto cerca de un vallado, y en breve se abandonó el cadáver se vio rodeada de aquel anónimo é inmensa interés que despierta, sacudida hasta en sus entrañas, á la humanidad cuando se comete contra ella el delito de sangre, empujando por el sacerdote, que viene en nombre de la religion en crisis que aun hecho el alma con la muerte [que embaldana el alma caso su intervencion]; — sigue la justicia, que viene en nombre de la sociedad, magistrada institucion, bella obra de la ilustracion hecha con

la ayuda de Dios, de los siglos y de la sabiduría, — acompañada el facultativo, que acude en nombre de la humanidad, en cuyo estendardo poseo leida por letra la palabra *hermandad*, — y sigue el pueblo, que viene en su propia nombre á tributar su compasion y lágrimas á la victima, sus imprecaciones al asesino, pues jam existe en el corazon del hombre el sentimiento de la justicia cuando las pasiones no lo ofuscan.

Púsose al muerto sobre unas anjarillas, y se ofrecieron á llevar esas anjarillas de la muerte aquellos mismos andaluces altivos que por todo el oro del mundo no se hubiesen prestado á llevar la silla de mano de un rico.

No pueden aquellos que no lo han presenciado formarse una idea del desesperado é inmenso dolor de la infeliz que vió entrar por sus puertas el sangriento y yerto cadáver de aquel que siempre entró en su casa como una proteccion y un amparo, como un objeto de culto y de cariño! La desgraciada viuda que estaba criando tuvo un retorcido y derrame de leche; sus pechos quedaron exhaustos, la madre y la niña morcian; la primera de resultas de una espantosa enfermedad, la segunda de necesidad.

Vosotros los habitantes de las ciudades no sabeis cuán bella y espasiva es la caridad en los campesinos! y cuán verdadero hacen aquel bello refran de: que mas hace el que quiere que el que puede. No hubo una sola mujer en el pueblo que no estuviese criando que no viniese á dar el pecho á la pobre criaturita para la cual se habian secado las fuentes de vida que le señalará la naturaleza. La niña fué criada á traguitos segun la expresion consagrada para indicar esta clase de crianza, y como generalmente todas las lugareñas son sanas se hacen robustas estas crias de muchas amas. Verdaz es que tan pronto toman leche de una recien parida, tan pronto la de una muger que creen cria á pesar de tener su hijo dos años, y corren tras de su madre; pero no le hacen, medran, y si lo estrañais os responden: que Dios hace la cosa. Miguelito era el que se veia á todas horas descalzo de pies y piernas, pues todo se habia vendido para la enfermedad de la madre y estaba en la última miseria, cargado con su hermanita, con la que apenas podía, llevándola por todas las casas del lugar y sufocado y jadeante en verano, encogido y arrojado de frio en invierno; pero siempre alerta, siempre dispuesto, siempre mandable y consagrado al cuidado de su madre y hermanita; si compadecidos de verlo en algunas casas le daban un pedazo de pan, lo escondia y se lo llevaba á su madre. Esta pobre habia quedado baldada y ese niño herido, á pesar de su corta edad era su providencia; para él no habia juegos ni distracciones, era inseparable de esa madre y de esa hermanita que ni una ni otra se podian valer. Él todo le hacia bajo la inspeccion de su madre, y aun de noche sacudia con firme voluntad ese incompatible sueño de la infancia cuando era preciso pasear la niña para arullarla; ¿Qué humilde era, y que incansable! y cuando su madre la bendecia no comprendia ese alma dulce y modesta el por qué merecia esa merced ángel de Dios, que cual su creador solo abrojos habia de pisar en este suelo! Miguel tenía ya seis años, y con el año de ayudar á su madre iba como veia hacer á otros muchachos mayores que él, á coger tagarninas al campo. Salía por las mañanas y volvía á la oracion sin haber probado bocado en todo el día, y por descanso iba de puerta en puerta ofreciendo sus tagarninas. Pero los muchachos mayores que él, que andaban más, habian vuelto antes y le habian quitado la poca ventaja que tenia la silvestre legumbre. ¿Se quieren tagarninas? preguntaba con débil voz exhausto de cansancio hambre y frio.

No.

Y el infeliz niño se rastrea á otra puerta ofreciendo casi por nada el fruto de su inmenso trabajo.

¿Se quieren tagarninas?

No.

Y seguía humilde y resignado á otra puerta en que le aguardaba otro no, pero estaba tan acostumbrado con él no que parecia que no le cogía de nuevo. ¡Habia llevado tantos! de suerte que se hallaba muy contento si encontraba quien le diese tres ó cuatro cuartos por su esmerita. — ¡Tres ó cuatro cuartos por todo un día de inprobable trabajo, para su corta edad; en payos frios y húmedos, y hecho su eo ayunas! — ¡Miserordia de Dios! Divina justicia! qué magnificas compensaciones para tu diestra, prometicas en las diestras calaveras! ¡Oh mi Dios! Si no te creyera justo, no te creyera Dios; si no te creyera premidor del buen que sufre, no te creyera padre; si no te creyera castigador del ricamente malo que goza, no te creyera señor! ¡Oh, todo sea, y esta santa creencia todo lo depura! ¡Oh! ¡quiénos criaturas las que vais á la vida eterna por la misma senda que andara el Señor por el mundo, la pobreza, el padecimiento, el desprecio y la paciencia! ¡Vencidos aguijones á nuestros ojos, y sus poderias mortales á nuestros oidos, sufrimientos, y fríos; ¡oh! ¡haced cuenta, sino sobre vosotros y vuestros hijos!

Algunas veces su madre quería retenerlo, porque su corazón se partía de ver ir á ese angelito, solo, desabrigoado, en días fríos y lluviosos con su espuertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; ¡los días se habían hecho tan cortos! ¡las noches venían tan de prisa, y tan frías! pero nada detenía al pobre niño, y la infeliz madre decía llorando: ¡si no es, ni él comerá ni la niña! y lo veía ir, con tan desgarradora pena, que vertía su corazón sangre por todos sus poros, hasta que lo veía entrar con un cuarterón de pañ y unas pocas tagarinas.

Una fría tarde de Diciembre tocó solemne la oración, y el niño no había venido; y tocaron lígubras las ánimas, y el niño no había vuelto; y la madre estaba baldada y no podía salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenía á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la angustia no mata, porque la angustia es una tremenda agonia sin el descanso de la muerte; romo el rastro de los condenados: y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una

senda apartada, vió sentado al pie de un árbol á un niño; tenía los brazos cruzados, la cabecita caída sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarinas. Se acercó; ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frío, de necesidad, de cansancio, y de miedo! Lo que he contado no es ficción es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, los hijos, padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y un desesperarse? ¡señor! ¡señor! consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea más que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignacion otras nuestro corazón. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *el que llora será consolado* (1).

FERNAN CABALLERO.

(1) Tercera bienaventuranza de las ocho que prometió el señor en el evangelio de san Mateo, que lee la iglesia el día de Todos Santos; sublime sentencia, divina compensacion, santo consuelo, que todo lo explica, pero solo al cristiano.

EL LOCO DE LA MONTAÑA.

IMITACION DE LAS BALADAS.

TERESA.

Teresa es la inocente tortolilla que no puede vivir sin su adorado; es el jirto nocturno que no brilla sino va del lucero acompañado.

Es la flor que se cierra en la mañana si el sol no vivifica su corola; mariposa fugaz que va liviana á morir en la luz si vive sola.

Ama á Bernardo como á su alma misma, y el día que á sus ojos no aparece, tan grande es la tristeza en que se quema, que como flor marchita desfallece.

Libre como las aves, su cabaña tiene en la cumbre de la roja sierra: allí solo su madre la acompaña, y no vé mas allá mundo ni tierra.

Lame un arroyo con liviano arrullo las negruzcas paredes de su huerto: ¡qué armonioso parece su murmullo perdido en la estension de aquel desierto!

A su orilla, que esmaltan lindas flores, ruiden los ajuantes su ganado: ¡cuántos secretos cándidos de amores su corriente purísima ha guardado!

BERNARDO.

Es Bernardo zagal noble y apuesto, que no cede á Teresa en donosura; de alma amorosa, de expresivo gesto, rico de fuerza y rico de ternura.

Tres lustros antes, bullicioso niño, pidió pan á la madre de Teresa. Recogió la anciana, y con cariño le dió su lecho y le sentó á su mesa.

Y fueron desde entonces los infantes hermanos, como hermanos se querían... ¡con qué placer sus segos palpitantes al oírse nombrar se estremecían!

Pero crecieron ambos, y ya el hombre estaba mal bajo el virgineo lecho de aquella niña que su dulce nombre gravó muy hondo y adoró en su pecho.

Dióle la anciana parte de su tierra: le regaló una cruz en la colina, que cubren la falda de la sierra, y á do el arroyo su raudal levanta.

Allí encerró sus ricas ilusiones el dichoso zagal: de noche y día cantó á Teresa en su rabel cauciones que el coro de las aves repetía.

Una vereda á orillas del torrente ambas viviendas del amor juntaba: ¡cómo sintió la yerva amargamente el pié de los amantes que la hollaba!

¡Oh! si en la noche cuando el ruido cesa sus lenguas el arroyo desatára... ¡pobre Bernardo! ¡misera Teresa! ¡cómo el rubor sus frentes sonrosára!

II.

AMARGURA Y SOLEDAD.

¡Por qué ahora la doncella alza las manos al cielo, y suspira?

¡Por qué una lágrima bella desde sus ojos al suelo rauda gira?

¡Por qué corre desolada por la estension de los prados tan queridos, como el ave en la entamada cuando sus pollos amados son cogidos?

Antes sus pueriles penas en el pecho de la anciana desahogando, con sus palabras serenas ibase su alma cristiana consolando.

Ya de su madre á los besos su corazón no palpita dulcemente. Mas queridos embelesos la suerte airada le quita de repente.

Testigos de sus enojos las flores besan sus plantas y se inclinan, porque en sus párpados rojos advierten que penas tantas la asesinan.

Su corazón desahoga con sus mudas compañeras que bandice, y con voz que el llanto ahoga y se pierde en las riberas así dice:

¡Por qué, queridos claveles, ¡jazmin de bello ramaje, y amapola, ¡por qué me preste óscales

¡y alfombra vuestro follage
¿si estoy sola?

¡Por qué embalsamais el viento
¡meciendo vuestros capullos
ven la brisa,
¿si ya no aspiro su aliento,
ni siquiera los murmullos
de su risa?

¡Recoged vuestros olores,
no me ahagueis los sentidos
como un día.
¡Basta á la que sus amores
ové tristemente perdidos
tumba fría.

¡A dónde está mi Bernardo?
¿Cuál de vosotras le ha visto?
¡Un mes pasa,
y vanamente le aguardo...
¡Y á mis pesares resisto
tan sin tasa!

¡Maldito rey, que nos lleva
nuestros queridos amantes
á la muerte!...
¡Bien mi corazón lo prueba!...
y él me lo anunciaba en antes...
¡triste suerte!

¡Ayer pregunté á su perro
que guardaba la cabaña
¡dolorido:
—¿A dónde fué?—Corrió al cerro,
y haciendo una cosa extraña
¡dió un ahullido.

¡A la orilla del riachuelo
¡condújome un grito ronco
como de hombre;
¡ay! creció mi desconsuelo,
¡que vi la cifra en un tronco
de su nombre.

¡Musgo que nos diste alfombra
cuando en las tardes de estío
nos sentábamos
de las hayas á la sombra,
¡ó en el cristal de ese río
nos bañábamos!

¡Peñascos de esta ribera,
¡arenas innumerables
de su lecho,
¡que igualó con voz sincera
á las prendas adorables
de mi pecho!

¡Selva que oiste sus votos,
¡cómo que nos visteis juntos,
¡pujarillos,
¡cordero hel, dulces chulos,
de nuestra niñez trasuntos
¡por sencillos!

«¡Oh! ¡qué lúgubres ahora
me parecéis sin mi amante!
«¡Qué terrores
me dáis sin el que me adora!
«Teneis un velo delante
de dolores.

«Desgarradoras quimeras
«forjo, no viendo á Bernardo,
«en mi mente...
«Mis queridas compañeras,
«un mes hace que le aguardo
«vanamente »

Y con planta presurosa
huyó de aquellos lugares,
y escuchaba
si alguna voz amorosa
para curar sus pesares
la llamaba

Mas ¡ay! que llega á su gruta
sin oír la, toda en llanto
sumergida,
mientras Bernardo disfruta
del mas halagüeño encanto
de la vida.

Arrancado á su retiro
por unos fieros sayones,
y llevado
á la ciudad, dió un suspiro
al verse en negras prisiones
encerrado.

Peró volvió la alegría
en su pecho á despertarse,
cuando á poco
volvió á ver la luz del día
y en esperanzas gozarse...
¡pobre loco!

Solo le tiene el profundo
recuerdo de su Teresa
afligido;
mas en el vaiven del mundo
¿qué alma se mantiene ilesa
del olvido?

¡Era tan vivo el contraste
que con su campo y su choza
presentaba,
tanto y tan precioso engaste,
tanta y tan bella carroza
que miraba!...

Aquellas lindas mugeres
cargadas de pedrerías,
tan livianas
que iban brindando placeres
con pérdidas arterias
cortesanas:

Aquel huracan hermoso
de oro y plata reluciente,
deslumbrante,
¿en su impetu poderoso,
no arrastrará á un inocente
niño amante?

¡Oh! si es tan grato su brillo,
que hasta al corazón mas seco
halagara,
¿cómo al del zagal sencillo
su oropel pomposo y hueco
no engañará?

¡Ay! sin saber lo que hacia
se sumergió en tus hervores,
torbellino.
Del hado á merced ponía
de Teresa y sus amores
el destino.

.....

Sonaba el clarín guerrero
y dió la última mirada
á su tierra.
« ¡Ay del infeliz cabrero!

¿volverá á ver á su amada
de la guerra?

III.

AGONIAS DE MADRE.

Como la pared, si siente
que la yedra se marchita,
parece que pierde el háculo
que en antes sostenia,
la pobre anciana, que triste
ve á Teresa y abatida,
con ella parte sus penas
pues sin ella moriría.
insomnios, suspiros, lágrimas,
que su juventud marchitan
por lo poco que le queda
de existencia trociana.
¡Con qué ternura sus ruegos
intentan sondar la sima
que en el pecho de la virgen
abrió su amante desdicha!
Mas ¡ay! que no curan bálsamos
del corazón las heridas;
siendo por amor abiertas
él solo las cicatriza.
Años tras años pasaban,
meses tras meses corrían,
llorando la halló la aurora,
la noche en llanto sumida
junto al lecho de Teresa
en afanosa vigilia.
¿Cómo el dolor no la mata
cuando la cuitada niña
entre sollozos le dice
estas palabras tristisimas?

Teresa.

No bastan, madre, consuelos
á quien llora tal desdicha.

La anciana.

Hija, esperemos en Dios,
que es la bondad infinita.

Teresa.

¡Ay! ¡esperé tanto tiempo
que mi razon desconfía!..

La anciana.

«El cielo manda á los seres
bienes á su antojo ó cuitas.

Teresa.

Sobre mi cabeza entonces
descarga todas sus iras.

La anciana.

¡Habrà tantos infelices
que mas que tú penen, hija!

Teresa.

El dolor de los de
es perder amante y

¡Oh! ¡vive!

Dadme el po

L

Ten espe

y ya está desvi

La anciana.

Hija, esperemos en Dios
que es la bondad infinita.

Teresa.

Dios, madre, escucha á los justos;
pero en su presencia misma.

Y desgarrador silencio
á sus palabras seguía
solamente interrumpido
por un alma que suspira.
Alma fiel y enamorada
que lentamente camina
al sepulcro, cuyo hielo
quizá su pasión no estinga.
¡Triste era de ver aquella
antorcha de amor purísima
apagarse entre los rayos
del foco que la dió vida!
Dulce gota de rocío
que sobre la flor destila
en las frescas alboradas
murmuradora la brisa.
Estrella que en Occidente
húndese tras las colinas
antes que rompa las nieblas
la luz del padre del día.
Y sus ojos se consumen
y su voz se debilita,
y su semblante se arruga,
y se secan sus mejillas.
No lanzan fuegos de amores
sus exánimes pupilas...
¡feliz ella si se helarán
de su pasión las cenizas!
¡Ay! pero la mente vuela,
y la esperanza la aviva,
y en soñar con esperanzas
los amantes se estasian.
Quien pide alas á la mente
labra su propia desdicha,
porque destrazan el alma
las esperanzas perdidas.

IV.

DESESPERACION.

¡Oh! ¡quién parar pudiera
la rueda voladora
que arrastra en su carrera
los días hora á hora,
la vida del mortal!
¡Y quién gozar sentado
sobre la inmóvil rueda
pudiera alborozado
tanta ventura leda
que fué soñada!

Su
que v
»

¡Oh! ¡no hay dolor que escape
de amantes agonías!...
¡horrible es su pesar!

¡Y tanto tiempo pasa
sin acabar tu ausencia...!
y el pecho la traspasa
teístisima impaciencia,
presentimiento atroz.
Frenético letargo
su corazón oprime;
las quejas de su amargo
destino, ya reprime
porque la falta voz.

Sentada junto al tronco
en que tu nombre brilla,
lanza un suspiro ronc...
su mano en la mejilla,
blanquísimo cendal,
Enjuga lentamente
el abrasado llanto
que en sus mejillas siente;
¡pero la alivia tanto
aquel dulce raudal!

Y no la conocieras
si, en la adelfa escondido
cual otro tiempo, vieras
aquel rostro querido:
¡qué encantadora fué!
Si, fué; y hoy todavía
advertítese que lo era,
como una estátua fría,
hermosa pareciera
de otra animada al pié.

Destellos postrimeros
de llama moribunda:
suspiros lastimeros
de que nuestra alma inunda
la muerte presentir,
Lanzando se adelante
á la fogaz corriente:
su delicada planta
la tierna flor no siente...
¿por qué quiere morir?

Tan jóven y tan bella,
¿por qué aborrece el mundo?
¿el que cebóse en ella
dolor fué tan profundo?
¿y allí llega el dolor?
¿Ni aquel santo retiro
respeta sus furores?
¿échase un suspiro
consunción de amores?
¿desgarrador!

consamiento

to

Ambas á un tiempo mismo
la muerte cerca miran:
del no ser al abismo
llegan y se retiran
en un punto las dos.
Y allá en su pensamiento
se buscar y no se hallan...
¡De aquel fiero tormento
con que las dos batallan
librarlas quiera Dios!

V.

EL ÚLTIMO DOLOR

¡Ay de los pueblos que á ambiciosos viles
se entregan contados,
para dejarse hollar como reptiles
en su ceguera vil atetargados!
¡Ay! instrumentos de mezquina saña,
combaten entre sí sin ley ni freno,
azotes de sus tierras,
do sin cesar derraman el veneno
de las civiles guerras!
¡España! ¡dulce España!
¡pátria de bendición! foérame dado
con lágrimas borrar de la memoria
del mundo, que han echado
esa mancha tan hijos en tu historia.
Ni el templo de las vírgenes se libra
de tan funesta plaga:
el que la tea de discordia vibra
en todas partes hierre antes que amaga.
¿Quién en su lecho dormirá tranquilo
en medio á las ciudades,
si de Teresa el solitario asilo
allá junto á las nubes asentado
las turbas destructoras invadieron?
En tiempos de revueltas populares,
¿quién ¡ay! del porvenir no desconfia
cuando sus ojos vieron
manchar las blancas tocas de las vírgenes
al pié de los altares,
y el anciano que todos bendijeron
por su sabiduría
expirar arrojado de sus lares?

Soldadesca feroz que al cielo irrita
blasfemando y votado de contino,
cual raudal torbellino
en la mansión de paz se precipita.
Todo cae á sus piés. Ya su carrera
el incendio pregona por do quiera:
pero aun sus furores no saciados
el alta sierra escalan
y el lúido huerto y los vistosos prados,
consuelo de Teresa,
con fiera mano talan.
Ansiosos de rapiña
la casa no perdonan,
mas antes ¡ay! mas antes...
con otro, por si no eran ya bastantes,
sus crímenes coronan.

Tras la ancha puerta pobre y carcomida
en ruina lecho de paja

el humano ser falto de vida,
alto en el seno de una jóven
en palabras celestiales,
y el Eterno baja.
me por el alma envía
adire; ¡y no lograron

Con voz ronca
bien hallazgo,

to

ita.

uano

ella,

setla.

egazata.

los huesos

de su madre, que ardian,
y al borde se sentó de un precipicio,
porque sus piés en sangre se leñian.
Fijos los ojos en el alto cielo,
cual si de allí esperara
el de sus males único consueño,
el eco percibió de una sonrisa
feliz recuerdo de su bien perdido,
que repitió la brisa
como el canto de un ángel en su oído.
Alzóse... pero ¡guay de la que espera
abrazar á su amante,
y entre los dos gigante
álzase de repente una barrera!
Allá en la opuesta orilla
Bernardo con amor la contemplaba;
pero el torrente entre los dos pasaba,
rugiendo cual carnívora trahilla.

—¡Alma del alma!—la infeliz murmura.
—¡Alma del alma!—el capitán responde,
¿disfrutaste sin mí mucha ventura?
¿cómo te miro por mí mal tan lejos?
Sin tí siempre muriendo yo he vivido,
¡y á mis brazos no vienes!
¿No me amas ya, Teresa?
¡Ay! ¿cuál la causa ha sido
de que mi amor me pagues con desdenes?
—Antes la luz se apagó de mis ojos,
antes del sol los rayos en invierno
nos quemaban, y en estío,
Bernardo, nos den frío,
y deje el Criador de ser eterno,
antes que yo te mire con enojos.

Al postrimer reflejo del crepúsculo
Teresa distinguió las llamaradas
de su choza; el rugiente
voto del militar... bañada en llanto
doblóse su cabeza...
¡todo lo vió con fiero desencanto!
¿A dónde está su virginal pureza?
¡Adios, sueños de gloria
que dorásteis diez años su memoria!
¡Adios, adios, quimeras
de dicha y de placer! La desventura
lecho de boda hará la sepultura.
Y estendiendo los brazos adelante
para abrazar por último á su amante,
desgarrada su mente
por el recuerdo atroz, fuera de juicio,
quiso correr, y... ¡la tragó el torrente!
¡Había entre los dos un precipicio!
—Las ondas se entrecabieron
como gozosas de tan dulce presa,
y unas tras otras á busarse fueron
sobre el marchito cuerpo de Teresa.

¡Ay! sin saber que todos en el mundo
son cebo de la parca destructora,
¿qué hiciera el hombre en su dolor profundo
viendo morir á la mujer que adora?

CONCLUSION.

En las tinieblas de la noche umbría
sin nuestros resplandores
la incendiada cabaña despedía,
y en torno de ella, al son de fiero canto,
desgreñado el cabello,
harapos el vestido,
el capitán danzaba... parecía
fea vision del reino del espanto.
Hondas heridas en su blanco cuello
revelaban la lucha
que trabó con su tropa y el torrente...
¡oh! le fuera el morir ventura mucha,
á manos de su gente.
No su razón perdiera
viendo en la orilla el cuerpo de su amada
por las punzantes rocas destrozada,
ni el nocturno silencio interrumpiera
con loca carcajada.

Desde entonces el valle solitario
antes de paz y amor mansión trahilla,
con su lúgubre aspecto funerario
al caminante débil horripila.
Solo interrumpe el bulo entre las rocas
la triste soledad que reina en torvo,
y la natura lanza por cien bocas
ayes de horror por su perdido adorno.

